

# Territorios móviles y errancia lingüística en *Oriundo* *Laredo* de Alejandro Páez Varela

CARLOS URANI MONTIEL CONTRERAS\*

LAURA SARAHÍ ROBLEDOS MELGAR\*\*

En los trabajos que me encontraba  
querían que yo les echara inglés,  
y me llamaban pata rajada:  
lo repetían una y otra vez.<sup>1</sup>

**L**A RELACIÓN CON EL TERRITORIO, tema medular en las novelas migratorias y fronterizas contemporáneas, multiplica la focalización del narrador, así como los giros lingüísticos de quienes habitan un mundo tendido sobre coordenadas, límites y derroteros emocionales. Una visión panóptica permite a los personajes cruzar naciones —no siempre de sur a norte—, tradiciones literarias y lugares de enunciación, conflictuando el enlace convencional y causal entre identidad, lengua y espacio. A este *corpus* de novelas escritas en español en lo que va del siglo, se suscriben los *Trabajos del reino* (2003) de Yuri Herrera, *Cóbrase caro* (2005) de Élmer Mendoza, *Árboles* (2006) de Rosario Sanmiguel, *Garabato* (2014) de Willivaldo Delgadillo y los *Libros del desencanto* (2009-2013) de Alejandro Páez Varela, así como su más reciente obra, *Oriundo Laredo* (2016, en adelante *OL*), la cual será nuestro objeto de estudio.<sup>2</sup>

\* Dirigir correspondencia al Departamento de Humanidades, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Av. Plutarco Elías Calles 1210, Foviste Chamizal, Ciudad Juárez, Chihuahua, México, C. P. 32310, tel. (656) 6882100 al 09, e-mail: carlos.montiel@uacj.mx y carlosurani@gmail.com.

\*\* Dirigir correspondencia a e-mail: s.robmel96@gmail.com.

<sup>1</sup> Los epígrafes que anteceden a algunos pasajes de este texto son fragmentos de canciones compiladas por Gustavo López Castro en *El río Bravo es charco: cancionero del migrante*, en este caso se trata de “El indio pata rajada”, publicada originalmente en 1977 por Édgar B. Sánchez Aragón, del grupo Los Paisanos. LÓPEZ CASTRO, 1995, p. 219.

<sup>2</sup> Manuel de Jesús Hernández advierte que los discursos críticos fronterizos suelen codificar “una visión unilateral de la frontera, la cual es histórica y geográficamente fiel a la división internacional” (HERNÁNDEZ, 2012, p. 32). Frente a la imposibilidad de brindar un panorama completo de las letras transfronterizas en un artículo, nos restringimos a las obras producidas en México, a sabiendas que la escritura de Miguel M.

A diferencia de su trilogía, el espacio representado en *OL* se ubica principalmente en el sur estadounidense. Genealogías, antecedentes históricos y un narrador que documenta lo que ya fue —dando fe a través de su voz— evocan, quizá, el quehacer heredado del autor nacido en Ciudad Juárez en 1968: el de periodista.<sup>3</sup> Sobre la composición de *OL*, confiesa que, aunque haya tomado nombres y una geografía familiares, nada de lo que hay en la novela se basa en hechos reales. Halló el peculiar título “en las puntadas de una borrachera y tomé prestado de aquí y de allá, de amigos de la infancia y del polvo de un país-de-en-medio”.<sup>4</sup>

Una cartografía literaria es una herramienta interpretativa con un potencial de representación gráfica de elementos espaciales. Los mapas, modelos y planos diseñados a partir del escrutinio textual arrojan pistas tanto de geografía simbólica como del contexto en el que un escrito fue producido y continúa siendo leído.<sup>5</sup> En el corrido citado en el epígrafe, el yo lírico declara: “Perdí a mi madre cuando era niño, / después mi padre me abandonó”. Tras la confesión, inicia un éxodo, similar al de tantos otros: “Me fui p’al Norte buscando olvido, / llevaba enfermo mi corazón; / en esas tierras me vi perdido / con la amenaza de migración”. La información cartográfica es escueta, pero suficiente para resaltar un sector del mapa en el que intervienen agentes específicos (“Buscaba apoyo en el consulado / y ahí me vieron más infeliz, / y me dijeron tú eres mojado, / mejor regrésate a tu país”), actitudes que laceran (“¡Ah, cómo humillan al mexicano! / con esa cruel discriminación”), y un justo reclamo a la memoria de la tierra: “ya no recuerda el americano / que fue un pedazo de mi nación”.<sup>6</sup> Porque también así logramos evocar, como se lee en la novela en cuestión: “Los recuerdos se miden en millas, Oriundo” (10 y 199).

Méndez, Gloria Anzaldúa, Luis Alberto Urrea, Alejandro Morales, Gloria Velásquez, Estela Portillo Trambley, Oscar Zeta Acosta y Selfa Chew, editada en Estados Unidos, exponen otra cara del mismo fenómeno.

<sup>3</sup> Alejandro Páez Varela dirige el portal de noticias *SinEmbargo.mx*. En la solapa de *OL*, habla de sí mismo: “reportero de lunes a domingo. [...] Sus alergias van desapareciendo, dice, conforme procura menos gente. Lee y escribe muy temprano. Duerme lo necesario. Se aburre con facilidad. No escribe narcoliteratura”. Su trilogía se compone por *Corazón de Kaláshnikov* (Planeta, 2009; reeditada por Alfaguara en el 2014 con cuatro pasajes inéditos), *El reino de las moscas* (Alfaguara, 2012) y *Música para perros* (Alfaguara, 2013).

<sup>4</sup> PÁEZ VARELA, 2016, p. 210. En adelante, sólo citaremos entre paréntesis el número de página de *OL*.

<sup>5</sup> PIATTI, 2016, pp. 89-90.

<sup>6</sup> LÓPEZ CASTRO, 1995, p. 219.

Las cartografías literarias, entonces, proyectan historias locales que cobran sentido al vincularse con escenarios y problemáticas globales denostados por discursos de poder cimentados sobre nociones anquilosadas como las de límite o raza.

El discurso de Donald Trump, forjado durante su campaña, conforma una agenda ultranacionalista plagada de mensajes que buscan materializarse a través de marcas visibles y perdurables en su frontera sur. Los ajustes a las políticas inmigratorias y el clima diplomático nos permiten leer la cuarta novela de Páez Varela más allá del argumento. Este ensayo sostiene que la geografía recorrida por los protagonistas de *OL*, así como la errancia lingüística con la que se expresan, responden a dinámicas transfronterizas a través de las cuales la ficción alcanza su pleno significado. Bajo el modelo del libro de viaje —entre quiijotesco y picaresco— la obra construye una figura protagónica que encarna a tres generaciones en movimiento a lo largo y, sobre todo, a lo ancho de la frontera México-Estados Unidos. Aunque se hile la trama en torno al ciclo de vida de Oriundo, una serie de regresiones aporta cohesión colectiva y sentido individual, justificando la psicología del último de la dinastía. Junto a Gamboa Las Vegas —fiel compañía, *alter ego* o escudero— ambos atraviesan las llanuras del oeste norteamericano en busca de trabajo, caminando sin miramientos sobre la discriminación racial. Los seis capítulos en los que se divide *OL*, incluyendo el “Epílogo”, los “Agradecimientos y dedicatorias” (fuera de la ficción), reúnen memorias, trayectos y experiencias vitales.<sup>7</sup> Los recuerdos, travesías y relatos enmarcados delinean acciones y actitudes de sujetos que parecen trascender el papel; ellos habitan y llevan en sus hombros el norte y sur de ambas naciones.

Desde el nombre de la pareja principal, se anticipa la magnitud topográfica de ambas figuras en constante circulación. El territorio entre los poblados, Laredo y Las Vegas, cubre una extensión similar a la recorrida entre las llanuras.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> A este par de capítulos finales los anteceden los que contienen el grueso de la historia: “El millonario” (conformado por cinco apartados con subtítulo propio), “Los perros y los hijos” (con otros cinco fragmentos), “El mero Chihuahua” (con apenas tres apartados) y el capítulo de mayor extensión, “Por las llanuras” (con dieciocho fragmentos).

<sup>8</sup> Un dato más: la fundación de Nuevo Laredo ocurrió tras los acuerdos de 1848. Cuenta la tradición que los habitantes del perdido Laredo decidieron cruzar el río Bravo “con la intención expresa de seguir siendo mexicanos. [...] No contentos con trasladarse ellos mismos, exhumaron los restos de sus deudos fallecidos y

La vida seminómada les permite interrelacionarse con distintos fenómenos sociales en la zona suroeste de Estados Unidos (Texas y Nuevo México) y en la parte central del septentrión mexicano (Chihuahua), sin que las jurisdicciones les reste movilidad. Los caracteres con los que convive Oriundo en su eterno peregrinar muestran distintas modalidades con las que cada individuo encarna su lugar de origen o de trabajo, así como su registro lingüístico. A partir de dos tipos de evidencia, ofrecemos una lectura íntegra de la novela. Por un lado, esbozamos una nómina de personajes teniendo como parámetro el vínculo respecto a la tierra que trabajan, poseen o transitan. Por otro, resaltamos las expresiones verbales con las que cada ente erige su ser literario. Frente a la escasez de información sobre la apariencia o atuendo, abundan datos sobre sus orígenes y apegos, lo cual dota de humanidad a la estructura novelesca.

## TERRITORIOS MÓVILES, TRANSFRONTERIZOS

Las rutas transitadas en *OL* fueron el primer incentivo para trazar un mapa. Pronto aparecieron coordenadas: “Oriundo recorrió unas mil o dos mil veces en su vida, con toda paciencia y sin barullo, de Palomas a Ojinaga y de Canutillo a Presidio. De este a oeste y viceversa, por toda la frontera. Y la anduvo sin sonar la duela, como la sombra de un caballo perdido, como una nube solitaria en la entraña del extenso manto” (10). El itinerario se traza a la par que las secuencias narrativas.<sup>9</sup> En una entrevista, a un año de la aparición de *OL*, Páez Varela reivindica su pesimismo sobre el panorama político mexicano tras el triunfo de Peña Nieto, por lo que vislumbra —desde el bosquejo de la ficción— un panorama multicultural en una zona intermedia. “Mi nueva novela mira hacia el sur, el sur de Estados Unidos y su geografía”. En ese “país del medio” convivieron apaches, comanches e infinidad de grupos raciales; “como los búfalos,

los reinhumaron del lado mexicano para que yacieran también en territorio patrio”. CEBALLOS RAMÍREZ, 2000, pp. 122-123.

<sup>9</sup> Mencionamos algunas otras rutas significativas con información georreferencial: 1) “La caravana de la muerte”, de Chihuahua a Presidio, pasando por Ojinaga, donde murió Aurelio Laredo huyendo de la Revolución (51-54); 2) De Alamogordo a Canutillo a lo largo de la antigua ruta del ferrocarril (91); 3) La “región donde Billy The Kid hizo su leyenda” en el condado Lincoln, Nuevo México (175), y 4) Del Rancho Preston, Nuevo México, hasta El Millón, en el Valle de Juárez.

no entienden de fronteras; como los lobos, suben y bajan por todas las llanuras norteamericanas y mexicanas de Chihuahua”.<sup>10</sup> La concepción teórica sobre el espacio narrativo será útil para ilustrar la forma en que los personajes se desenvuelven por dichas extensiones. Tras cada paso de Oriundo, un impulso subjetivo desafía distancias.

La frontera goza de un nutrido campo de estudio en un afán por conceptualizarla. A finales de los setenta, Américo Paredes hablaba de una línea particularmente sensible y propensa al choque entre *cowboys* y *rancheros*; “But life along the border was not always a matter of conflicting cultures; there was often cooperation of a sort, between ordinary people of both cultures, since life had to be lived as an everyday affair”.<sup>11</sup> Quince años después y bajo el estandarte de los estudios culturales, Homi Bhabha reflexionó sobre la vida en los bordes, intersticios fecundos para la negociación. Su propuesta se concentra en “procesos que se producen en la articulación de las diferencias”. Los espacios “entre-medio” (*in-between*) facilitan la concepción de estrategias identitarias, singulares o comunitarias, “que inician nuevos signos de identidad, y sitios innovadores de colaboración y cuestionamiento, en el acto de definir la idea misma de sociedad”.<sup>12</sup> Como área de encuentro, atravesada por tensiones irresolubles, la región fronteriza exhibe características propias de una nación: territorio delimitado, zona metropolitana geolocalizable, residentes de origen común, lengua general y una tradición perpetuada con júbilo en el calendario. La recarga de contenidos simbólicos intenta salvar la dificultad para consolidarse como una nación regida por un Estado unilateral. Desde la sociolingüística, Rainer Enrique Hamel afirma que “los procesos de globalización y las dinámicas de la movilidad actual no reducen ni hacen desaparecer las contradicciones, los conflictos y la polarización económica y política”. Por el contrario, se acentúan. La “imposición del *English only* por los sectores más conservadores [deviene en] nuevas fronteras como trincheras de confrontaciones polarizadas al interior de los territorios, grupos, instituciones”.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> SANTOS *et al.*, 2016, p. 312.

<sup>11</sup> PAREDES, 1978, p. 72.

<sup>12</sup> BHABHA, 2002, p. 18.

<sup>13</sup> HAMEL, 1999, p. 205.

Manuel Valenzuela Arce ha descrito las metáforas emocionales de la frontera a partir de procesos histórico-sociales y estereotipos anclados en los imaginarios dominantes. Entre los aspectos que analiza se encuentra la migración y las conflictivas relaciones interétnicas entre los indios pueblo, cuestiones recurrentes en el entramado de *OL*. Una de las metáforas más repetidas, efectiva tanto para los aparatos ideológicos del Estado como para moldear identidades en los márgenes, es la de Mex América. El término, propuesto por Lester Langley en 1987, designa la “región cultural que abarca desde California hasta Texas y los estados del norte mexicano, y su capital es la ciudad de Los Ángeles”;<sup>14</sup> aunque podría ampliarse hasta Chicago, Pittsburgh o donde sea que haya un barrio, una *Mexican town* como la de Detroit colindante con Canadá.

La metaforización de Mex América conceptualiza a la frontera como una ruptura originada en 1848. El Tratado de Guadalupe-Hidalgo generó una sensación de “mutilación territorial, herida abierta o fractura”.<sup>15</sup> De golpe, generaciones de desconocidos, quizá antitéticos entre sí, se vincularon por un mismo rasgo: su ubicación territorial en torno a una franja fronteriza que demarcó sobre la antigua cotidianidad los límites de estados autónomos. La interrelación entre la población mexicana de ambos lados provocó discrepancia, cristalizada a través del signo de la traición de los connacionales vecindados en el país del norte. Esos “otros” quedaban signados por la ostentación de una supuesta prosperidad, la resistencia en el terruño, nuevas costumbres, cierta competencia anglófona y el simple hecho de subsistir junto a los *gringos*. Los “mexicanos de segundo orden”, peor aún si fueran de segunda o tercera generación, amenazan la salvaguarda de la identidad. El “entreguismo cultural” ideó complejos procesos de unión y resistencia y modeló nuevas formas de ser mexicano fuera de la patria, a pesar de los motes: *greaser*, *pocho*, *chicano*, *pachuco*, *brownie*, *horseshiet* y la lista se prolonga en la medida que se avanza más al norte o se recalca la insensatez.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> VALENZUELA ARCE, 2003, p. 46.

<sup>15</sup> VALENZUELA ARCE, 2003, p. 33.

<sup>16</sup> En Oklahoma, “hay un pueblo de infausta memoria para Oriundo, llamado Lawton”, en honor al captor del guerrillero apache Gerónimo, en el que abundan los “blancos que trabajan como peones de las constructoras. [...] De inmediato abandonó el español pero sirvió de poco: por su acento lo llamaban

El novelista y poeta Benjamín Alire Sáenz opina que el proyecto de edificación de la identidad mexicoamericana debe superar los contenidos mitológicos o las visiones mesiánicas instaurados por Gloria Anzaldúa; sus cimientos descansan sobre el legado de culturas indígenas y el estilo de vida de los chicanos instalados en barrios urbanos.<sup>17</sup> Aunque la realidad en la frontera se abstraiga en una matriz simbólica o metafórica, necesita siempre de una dimensión física, tanto territorial como humana, constituida por colectivos ajenos a la hibridación, pero adeptos a ocupar y atravesar espacios tangibles.

A este breve recorrido sobre los avatares de la integración regional, se suma otro tipo de discurso crítico respaldado por una óptica geopolítica con implicaciones cívicas. Los fenómenos transfronterizos contemplan la continua interacción de actores e instituciones en torno a dos o más núcleos de asentamientos colindantes a una frontera internacional.<sup>18</sup> La crítica bifronteriza desacredita toda visión que acate jurisdicciones, que omita la porosidad entre municipios y condados, y que intente dar cuenta de una problemática desde su propio lado, sin cruzar la frontera. La franja ampliada atiende fenómenos y procesos contemplados en una agenda bilateral de cooperación, en beneficio de preocupaciones comunes: comercio (aranceles, maquiladoras/*twinplants*), seguridad (narcotráfico, armas), educación (patrimonio), ecosistema (contaminación, mantos acuíferos y cambio climático) y flujos demográficos (migración y puntos de cruce).

La asimetría de poder también forma parte de las variables y refleja las diferencias entre dos sistemas económicos. La legibilidad de los contrastes sienta las bases para que una región transfronteriza supere obstáculos

*wetback*, espalda mojada” (92-93). Otra etiqueta, igual de discriminatoria, pesa sobre los norteamericanos “que, en el siglo XIX, viajaron del norte para poblar el sur: *Carpetbagger*” (162).

<sup>17</sup> SÁENZ, 2003, p. 103. Otras posturas, como la de Alejandro Lugo, defienden el valor político de geografías simbólicas: “such metaphors as Aztlán, Mexico, and New Mexico are not fictive myths or simple ‘names’ with referents to something else that is ‘more or less real’; rather, they are concrete realities with historical and, ultimately, human significance”. LUGO, 2008, p. 18.

<sup>18</sup> Al respecto, Manuel Ceballos Ramírez detalla los “Hitos de la historia transfronteriza” y Manuel de Jesús Hernández sintetiza información valiosa para los estudios literarios y culturales (CEBALLOS RAMÍREZ, 2009 y HERNÁNDEZ, 2012). Por su parte, Valenzuela Arce puntualiza que transfronterizas remite a ámbitos definidos por la colindancia, la convivencia, “la conjunción y disyunción de procesos, la inyunción del poder que manda, impone, inyunge, así como a la presencia de procesos conectivos, de zonas de contacto” y de transculturación. VALENZUELA ARCE, 2014, p. 15.

ideológicos: invasión subrepticia, reconquista silenciosa o bomba demográfica. La eventual correlación de las fuerzas de mercado y la reducción de ciertas diferencias, como la lingüística, “generan una dinámica migratoria y económica, induciendo en ambos lados de la frontera evoluciones, solidaridades y convergencias tales, que se crea un espacio de transición entre ambos o, mejor dicho, sobre ambos”.<sup>19</sup> El esfuerzo cruzado suscita cambio social y riqueza cultural sobre una extensión territorial heterogénea. Así entiende Páez Varela la región Chihuahua-Texas-Nuevo México: un todo orgánico transfronterizo con la capacidad de ser núcleo, “eje y nodo central para el comercio, el cruce y re-cruce de poblaciones, la experimentación lingüística, el desarrollo institucional, el interés académico, el establecimiento de poblaciones, la creación y la división de clases y conflictos culturales”.<sup>20</sup> *OL* recrea este escenario poblado por residentes y trabajadores temporales, por el que migran tenacidades y una que otra tragedia, así como un cúmulo de historias conexas desde antes que fuera frontera.<sup>21</sup> Las referencias al Camino Real de Tierra Adentro, al Ferrocarril Central Mexicano y a la Revolución patentan la tradición del cruce de una zona permeable durante más de cinco siglos.

## LA ODISEA DE “EL MILLONARIO” Y LOS SUYOS

He nacido en California  
territorio norteamericano,  
y aunque nací entre los gringos  
soy moreno como el mexicano.<sup>22</sup>

El protagonista homónimo de la novela es un mexicoamericano bilingüe con doble nacionalidad. Fue registrado en Fabens, Texas, cerca de su pue-

<sup>19</sup> VANNEPH, 1997.

<sup>20</sup> VÉLEZ-IBÁÑEZ, 2011, p. 160.

<sup>21</sup> Liborio Labrada, protagonista de *El reino de las moscas*, experimenta en el cuerpo de Ana este territorio: “Le desabroché la camisa y me dejó ver, desde la montaña Franklin, que el valle de Nuevo México es el mismo que el de Chihuahua, hasta Palomas y Columbus; que se funden, que tienen las mismas nubes, las mismas depresiones a las que sólo pega el sol de mediodía”. PÁEZ VARELA, 2012, p. 17.

<sup>22</sup> Fragmento de la canción de “De sangre mexicana”, de Francisco Trujillo, grabada por Federico Villa en 1979. LÓPEZ CASTRO, 1995, p. 421.

blo natal, Clint, con el apellido de su padre; en tanto que, a las orillas de la mancha urbana juareense, en el ejido de El Millón, Octavio no aceptó darle su mismo nombre: “—No. Ya tengo muchos” (18), por lo que lo llamó Oriundo ante la extrañeza del juez.

Así como la voz lírica en la composición “De sangre mexicana”, que encabeza este apartado, tanto Oriundo como Carlos Marentes, personaje con una destacada impronta ideológica, son estadounidenses, no inmigrantes.<sup>23</sup> Empero, sobre ellos pesa la discriminación en su propia patria. Incluso Oriundo cuenta con papeles en regla para trabajar; goza de seguridad social y una cuenta en Bank of America, algo típico en ciudades transfronterizas. La geografía en el corrido de Federico Villa se asemeja, aunque en otra longitud, a la de *OL*: “San José, mi Fresno y Sacramento / los condados donde yo fui criado / de Los Ángeles ya ni les cuento / y en San Francisco allí fui bautizado”. El sosegado sentir también es equiparable: “Mexicano lo soy por padres / y orgulloso le canto a la vida / por mis venas me corre la sangre / mexicana como el buen tequila”.<sup>24</sup>

El héroe de la historia es un personaje redondo bajo el mando de un narrador omnisciente. “No supo, Oriundo Laredo, que así sucedió”, versa el lema de la novela. El último del linaje ignora “la mayoría de los capítulos en la vida de su familia” (65). La voz narrativa nos habla desde un punto en donde todo ya ocurrió, incluso la muerte de Oriundo, “El millonario”, que inicia y cierra la pieza. Así como el narrador se dirige de forma directa al personaje (“¡Poca cosa es la distancia, Oriundo Laredo!”), también busca que el lector lo aprehenda de manera familiar y asequible: “Buena gente, el condenado. Hecho con toda la mano” (10). En cada oportunidad, Oriundo exhibe su buena conversación, fruto de la lectura e interés por la historia, por lo que atrae la curiosidad en sus escuchas quienes lo respetan. El nexa con la tierra, la soledad y su nomadismo completan la figura: “Hombre hecho en el campo” (147).<sup>25</sup> Su color de

<sup>23</sup> Esta figura homenajea al activista homónimo, “chicano entre los chicanos” (211), presidente de la Unión de Trabajadores Agrícolas Fronterizos (UTAF), quien desde inicios de la década de 1980 mantiene una organización a favor de migrantes y campesinos en El Paso-Ciudad Juárez.

<sup>24</sup> LÓPEZ CASTRO, 1995, p. 421.

<sup>25</sup> El arrojito de Oriundo en algunos pasajes nos recordó a José Francisco, personaje que encierra el sentido último de *La frontera de cristal* (1995). Sin embargo, la idealización con la que lo construye Carlos Fuentes le

piel guarda el apego por su suelo; tenía un bronceado “que no es sólo del sol sino también de la tierra, de la lluvia, de la comida sin nutrientes o del frío y el calor extremos” (138). En sus días postreros, se le califica de desprendido debido a que regala cualquier objeto requerido por sus vecinos. Desde tiempo atrás gustaba de dar, pero también de recibir, sobre todo las lecciones de botánica junto con un inventario cartográfico y bilingüe que Oriundo aprende y comparte. Además de las cualidades curativas, traslada este saber a la esfera social por medio de narraciones, analogías o moralejas, como con la planta gobernadora (21, 110 y 160), la admonición sobre las hortalizas medicinales, en relación con el perjuicio de la industria farmacéutica (127), o la restauración del jardín de Quarantine, donde “Reflexionó mucho con los pies en la tierra” (147-148).

La presencia de Gamboa Las Vegas no sólo es útil para pulir el carácter del protagonista a lo largo del corredor de pueblos. Con su extraña aparición, Oriundo concreta otro vínculo esencial; aquél que de forma simbólica, aunque no biológica, lo liga con los dueños originarios de la tierra: “los últimos antiguos pobladores libres de las praderas” (93), libres como los búfalos o cíbolos. Las Vegas, nos cuenta su amigo tras *reburujar* la historia, nació en Mobeetie, Texas; “era comanche o apache o manso o mezcalero o chiricagua o lo que fuera. ‘Indio pueblo’, como dirían los gringos” (78). Norte y sur poseen el mismo signo: “esas tierras, todas, habían pertenecido a los apaches” (13 y 202), que ahora viven en reservas. Gamboa simboliza la indeterminación, así como la fragmentación identitaria de varios entes en la novela. Con su mudo semblante, acompaña a Oriundo, quien indaga en el pasado del “último de los apaches” (185) desde lo más profundo de la imaginación, con lo que reafirma ambas personalidades. Si el mexicanoamericano es denigrado en ambas naciones, Páez Varela recurre a la innovación o recreación; es decir, a un proceso de adaptación cultural que resignifica y se apropia de elementos ajenos o impuestos en condiciones adversas. Quizá por ello, Oriundo lidia por narrar anécdotas que nunca le sucedieron a Gamboa, cimentando un pasado en el que se sustente la existencia de su compañero.

resta verosimilitud, a pesar de que su modelo, el escritor chicano-juareño Ricardo Aguilar Melantzón, haya sido de carne y hueso.

De manera más abrupta, las intervenciones de Marentes, determinantes en “Tomates que cosechar”, imprimen fuerza sobre la marcha de Oriundo. Sobre su discurso descansa uno de los mensajes capitales de la obra: ¿a quién le importa el antecedente poblacional de los 50 estados que conforman la nación del norte? De cualquier manera, nos dice el dirigente de la Revolución de los Tomateros, ellos “rehicieron la historia con puras mentiras. Les da vergüenza quedar como lo que son: puros culeros” (170). Así explica Marentes la ausencia de un programa que recupere las raíces sobre las que se construyó su nación, porque ese “ellos” también lo incluye, aunque no lo acoja: “Yo no soy migrante. Que ellos hayan partido esto en dos, es otra cosa. [...] No migré de ningún lado. Éstas son mis tierras, aunque no tenga título de propiedad. Todos nosotros que estamos aquí hemos ayudado a construir este país, ¿y qué tenemos a cambio?” (170-171).

El entreguismo cultural, mencionado líneas arriba, lo personifica Quarantine Rod, de quien Oriundo se enamora en un pasaje de alta emotividad, tanto para la pareja como para el lector quien irá desentrañando las razones del actuar de la paseña. El primer síntoma delator de su profunda disyuntiva es la abreviación del apellido Rodríguez, en un intento por ocultar el abolengo. Ocurre lo mismo con un rasgo fenotípico: la llamada “hija de los canarios” “Ocultaba su cabello negro con mucha agua oxigenada y tinte, y por ninguna razón permitía que se le notara la raíz, aunque la raíz mexicana era profunda e inocultable” (139). El verdadero conflicto recae no sólo en el legado familiar, sino en la herencia biológica que ostenta en el nombre. La historia es terrible. Si los Laredo son cuatro; las Quarantine sólo una menos. La primera de ellas era mexicana; cuando cruzó a El Paso estuvo en cuarentena en los puestos de control y “salubridad” que operaron en la frontera a principios del siglo pasado. Durante esos días nació la segunda Quarantine con “parálisis parcial del rostro” a causa de los baños de insecticida. Para remediar la atrocidad, el gobierno les ofreció la ciudadanía. La tercera de la familia recibió este patrimonio biológico y político. Así lo cuenta su madre: “Me echaron *dedeté* y me dieron papeles. Bonita chingadera. [...] esperaban a que muriera, como esos pobres cabrones a los que mandan a las guerras por un pasaporte”

(139).<sup>26</sup> De la estancia en la jaula migratoria, la estirpe heredó el cáncer de mama que las ha diezclado.

Los modos de ser en *OL* también se ajustan al ejercicio de posesión y explotación de la tierra, como lo demuestra Larry Preston, dueño de unos acres cerca del río Grande, donde tenía un enorme plantío de nogales, espacio de encuentro entre el viejo de 89 años y el protagonista. Las acciones de Larry contrastan con las de otros patrones, “*rancheros blanquitos* [...] unos verdaderos cabrones: pagan poco y al menor desorden corren gente y se guardan la quincena” (80). De hecho, Oriundo conoció primero a la hija, a quien “recordará siempre con una sonrisa amplia, porque era un hombre agradecido que sabía el alto valor que tiene la buena voluntad de los extraños” (96). El segundo nombre de Elisabeth Kitzihata Preston proviene de una deidad kikapú, pueblo originario de los Grandes Lagos del norte; ella también heredó la tolerancia racial de sus padres (111-112).

Juana, la cocinera de Ciudad Juárez encargada de la alimentación de Larry y con quien tuvo un hijo, abre una ventana hacia otro tipo de avenencia, la culinaria, tema bien desarrollado a través de varios platillos: burritos de chile relleno, caldo de res con *gravy* (113), pepinillos caseros y distintos cortes sazonados con “recetas desde los pantanos hasta las planicies texanas. Y sobre cada receta había una historia”, como la del papel rojo sobre el que aún se sirve la carne, “herencia de los primeros colonos alemanes y checos que llegaron a la región” (117-119). Así “Como en el norte mexicano, en el sur estadounidense no todo es carne asada”, ni *fast food*; “orgullo del sureño es sentarse a degustar con calma, sin prisas, recetas viejas que huelen a Inglaterra y que se pasan de madre a hija por generaciones” (158).

A las jornadas en el Rancho Preston, las auspiciaba un lema: “Trabaja Juan, que las piedras te darán pan”, dicho por Larry en español, en memoria de un judío, David Thal, quien le enseñó a su hijo el valor del trabajo: cuando uno se empeña, hasta las piedras dan de comer. Así como John/Juan heredó de su padre el tesón, recibió de su madre rará-

<sup>26</sup> Vale añadir que los antepasados de Oriundo participaron en ambos conflictos mundiales; de ahí la *dog tag* (placa de identificación militar) de su abuelo Andrés.

muri “un profundo conocimiento de las plantas”. Posteriormente, Juan le transmitiría ese saber tradicional a Larry. El viejo Preston encontró, a su vez, a quien cedérselo: “—Es una historia larga, Oriundo. La frase viaja conmigo desde hace muchos años” (122-124). El caudal sobre herbolaria llegó a oídos del héroe junto con un juicio certero en contra de la exclusión. Juan Thal, repetía Larry, sentenció: “El rechazo a los remedios de los pobladores originales tiene que ver con su mismo rechazo a los dueños originales de las tierras. Se niegan a aceptarlos, a aceptarnos. No pueden reconocernos porque eso pondría en duda su propia legitimidad, como propietarios del suelo americano y como protestantes. Tienen miedo a reconocer nuestras culturas porque entonces tendrán que aceptar que existimos y, por lo tanto, que han hecho todo por desaparecernos” (130-131).

Esta lección vital, tanto en la formación de Oriundo como en el sentido general de la novela, sugiere la posibilidad de cambio en hombres y plantas, a diferencia de las rocas.

El argumento de “Por las llanuras” se construye alrededor de la movilidad, las aventuras del héroe y las jornadas laborales. Su trashumancia, como peón de campo, se traduce en sabiduría, como en las novelas de formación. Sus recorridos sobrepasan naciones, ya que Oriundo se reconoce en una zona geográfica que le exige de portar una bandera, tal como se desprendió de su pasado al incendiar el cuerpo de su padre para iniciar la travesía (25). No obstante, las secuencias narrativas no se conciben como viajes según la tradición literaria: pruebas a superarse o éxodos en donde el tiempo o la distancia sean obstáculos. Sus preocupaciones operan a ras de piso: “el agua era un lujo e incluso conseguir cobijas en esa región era una travesía” (71); frente a Quarantine, él presume orgulloso sus viajes por el sur estadounidense, “aunque siempre pensó que llevaba una vida de trashumante por la necesidad de comer, de vestir; no por la aventura” (151).

Pese a que la mayoría de las acciones suceden en el sur de Estados Unidos, la tesis de *OL* desdibuja líneas geopolíticas. En Mex América, resistente por definición a la delimitación espacial, se produce un cruce tal de flujos que se instaura una cultura de la movilidad con tendencias y patrones poblacionales excepcionales (en materia de fecundidad, por ejemplo).

“Más allá de este aspecto demográfico, dichos flujos permiten ilustrar una de las problemáticas geográficas de actualidad: la cuestión de lo vivido, de las percepciones y de las representaciones del espacio”.<sup>27</sup> La dimensión espacial de los virajes de un ente literario permite hacer un corte en la escala personal a partir de circunstancias históricas, económicas y políticas entre dos naciones. El estudio geográfico de la condición transfronteriza en la novela disminuye las distancias físicas y psicológicas entre latitudes geográficas y polos sociales.

## VARIACIÓN LINGÜÍSTICA

Ya llegó el que andaba ausente,  
buenos días, cómo estás tú,  
*good morning, yeah, how are you,*  
hablando como la gente.<sup>28</sup>

Toca el turno al análisis sociolingüístico de fenómenos concernientes al habla de varios personajes, principalmente los que dialogan en el capítulo más extenso de *OL*: “Por las llanuras”. Nos interesa, primero, el trabajo sobre la materia prima —es decir, el lenguaje— que transmite el proceso de interacción, largamente reposado, entre el español y el inglés. De aquí que el tiempo de ficción en la totalidad de la novela abarque poco más de siglo y medio (1835-1997), desde el nacimiento de Aurelio Laredo hasta la muerte de su bisnieto. En un segundo momento, nos concentramos en el contacto entre lenguas, manifiesto a través de la conciencia lingüística de los hablantes y que afecta el comportamiento, pareceres y sentimientos de los sujetos literarios.

El yo lírico de “El mojado desobligado”, corrido que abre esta sección, se dirige a quien aguardaba su retorno: “Soy un hombre diferente / ya vengo civilizado, / medio, medio champurrado / pero mastico el inglés, / *mydarling*, cómo la ves”. Pero la respuesta lo derrota: “A mí no me digas *yes*, / yo soy Juana y soy Jiménez. / Tú vendrás de donde vienes / pero a

<sup>27</sup> VANNEPH, 1997.

<sup>28</sup> Fragmento de “El mojado desobligado”, de Guillermo Velázquez, canción grabada por Velázquez y Los Leones de la Sierra de Xichú en 1986. LÓPEZ CASTRO, 1995, 346.

mí no «me... *chinglés*».<sup>29</sup> La presunción, el escarnio y la resistencia denuncian una actitud por encima del registro expresivo e informan sobre el trajín en una zona transfronteriza. El tratamiento artístico del lenguaje recurre a diálogos directos, pero tanto Páez Varela como los Leones de la Sierra de Xichú también juegan con la misma tipografía de las palabras —en cursivas, por ejemplo— para revelar pensamientos (monólogos internos), puntualizaciones del narrador, giros novísimos o equivalencias entre las lenguas.<sup>30</sup>

La lingüista Carmen Silva-Corvalán estudia la producción verbal respecto a las condiciones sociales que la determinan. *Sociolingüística y pragmática del español* se enfoca en los resultados del contacto entre lenguas: conciencia y actitudes, tipos de transferencia, alternancia (fonológica, morfológica, sintáctica y léxica), bilingüismo, espacio de convergencia, lenguas *pidgins* y criollas. El manual de Silva-Corvalán ejemplifica los conceptos con el uso del español en Estados Unidos. Además, la autora ofrece una ventaja sustancial frente a otras monografías —como las de Humberto López Morales<sup>31</sup> y Francisco Moreno Fernández<sup>32</sup>—: una cronología de influencias a partir del periodo virreinal, cuando la lengua romance acompañaba a las caravanas a través del Camino Real de Tierra Adentro, para después enfatizar el contacto ocurrido durante el siglo XX, época en la que se sitúa el germen de los Laredo. Aun cuando la descripción de aspectos sociales del español estadounidense responde a una alta exigencia, la lingüista sintetiza variantes y estructura la información para brindar un amplio panorama del contacto y convivencia en situaciones de bilingüismo y multilingüismo.

Las lenguas entran en contacto cuando la oficial de una zona huésped no coincide con la de un grupo foráneo. La penetración masiva de migrantes hispanoparlantes en el suroeste de un país tecnológicamente desarrollado y anglófono ilustra dicha condición de extranjería. La coexis-

<sup>29</sup> LÓPEZ CASTRO, 1995, pp. 346-347.

<sup>30</sup> En *OL* abundan las cursivas para resaltar el cambio de código, así que sólo mencionamos algunos, como el ya aludido herbolario: gobernadora = *creosote bush* o *greasewood* (109), milenrama = *yarrow* (125) o el adjetivo *tecato*, un posible nahuatlismo, como insulto.

<sup>31</sup> LÓPEZ MORALES, 1989.

<sup>32</sup> MORENO FENÁNDEZ, 2012.

tencia de las lenguas ocurre en un mismo espacio, sin importar el grado de competencia de uno y otro bando. En este contexto aparece la transferencia, término utilizado para referir el proceso que remite al cambio provocado cuando “una lengua exhibe diferencias o desviaciones de la norma lingüística monolingüe”.<sup>33</sup> Esto se refleja en *OL* mediante la constante inserción de palabras o frases en inglés en estructuras sintácticas del español: “tiene que venir a retirar lo que guarda en su *self storage*. [...] —Sí, am. Lo que sucede es que este almacenamiento, am, va a cerrar *next year*. So, am” (89); “—*El buen Señor* me perdone” (179). Para Moreno Fernández, la nacionalidad del individuo carece de importancia, ya que el referente geográfico supone un tópico sustancial en la relación entre *lectos* (variaciones), el dominio territorial, los perfiles sociales y el propio contexto comunicativo: “La variación lingüística puede adoptar tres formas fundamentales: geolingüística, sociolingüística y estilística”.<sup>34</sup>

Los bilingües inmersos en el contacto entre lenguas despliegan estrategias para “hacer más liviana la carga cognitiva que implica recordar y usar dos o más sistemas lingüísticos diferentes”,<sup>35</sup> a través de procesos como la simplificación de categorías gramaticales, la transferencia de ítems léxicos o la alternancia de códigos (uso de dos idiomas por un sujeto dentro de un mismo acto de habla). Páez Varela dilucida la transferencia que “corresponde a elementos transferidos de una lengua a otra que se mantienen en forma más o menos estable en la lengua receptora”;<sup>36</sup> por ejemplo, en *mobile home* en vez de casa móvil (97), o, en dirección contraria, *luces* (*lights*) por semáforo (87).

El préstamo léxico ocurre en diferentes niveles: fonológico, morfológico y sintáctico. Los lexemas se trasladan directamente sin ninguna adaptación, y suelen convertirse en extranjerismo, como en *güisqui*. O bien, se adecúan al sistema de la lengua receptora. El español fronterizo recoge préstamos del inglés, como en los verbos más el morfema derivacional —*ar*, como en *guachar*, de *watch*—. Asimismo, una palabra transfiere su forma con todo y significado, como

<sup>33</sup> SILVA-CORVALÁN, 2001, p. 269.

<sup>34</sup> MORENO FERNÁNDEZ, 2012, p. 91.

<sup>35</sup> SILVA-CORVALÁN, 2001, p. 272.

<sup>36</sup> SILVA-CORVALÁN, 2001, p. 269.

troca, proveniente de *truck*, o marqueta, de *market*. Este fenómeno se entiende debido al proceso de adaptación y vecindad del migrante. También se usan palabras en otro idioma por considerarse más expresivas o de mayor prestigio y supremacía de una lengua sobre otra. El determinismo social es tan fuerte que afecta al nivel semántico por medio de una equivalencia totalmente novedosa: “Oriundo se quedaba en *presidios*, como llaman en algunas partes de Texas a las vecindades” (87).

Otro punto relevante sobre el prestigio surge cuando el hablante posee competencia en ambas lenguas; la elección o errancia depende de la atmósfera, como se advierte en el pasaje donde el empleado mexicano-americano de El Gordo Snacks & Burgers ataca verbalmente a Oriundo: “—Ustedes no entienden, ¿verdad? —el cocinero elevó la voz, apretando los dientes y acentuando cada palabra en inglés—. Esto no es México, pedazo de mierda. Aquí no se habla español. Hablamos inglés”. Cuando el cliente obedece, El Gordo finge no entenderle, a pesar de que Oriundo “hablaba un inglés con acento pero perfecto” (188), por lo que se compadece: “Pobres [...]. No hablan inglés ni hablan español, no son de aquí ni son de allá; no los quieren los gringos y tampoco los mexicanos” (189). La escena exhibe que los calificativos y el trato a las personas, aunque pueda tener en principio un sesgo lingüístico, no sólo depende de la fluidez expresiva del hablante que escogerá una u otra lengua según el entorno. La errancia lingüística suscita entrevistas donde destaca la incomodidad y la incapacidad de comprensión, sin importar que los involucrados dominen o no alguno de los códigos. Así ocurre en Albuquerque con el trabajador de El Rancho Inn (90) y en el Far West Self Storage and Bodegas, donde la empleada se avergüenza por no expresarse en la lengua más hablada en la región: “Ya sé —dijo amable, sonriente— que es una tontería trabajar en El Paso sin saber español” (192).

Marentes, quien no encarna conflictos de identidad, retoma el mismo estigma sobre su manera de expresarse: “Lo cura es que sí tengo un poquito de acento *apochado* y allá me creen de acá. Y los de acá me creen de allá. Pero ni de aquí ni de allá, compa: no hay dos lados. Yo no estoy partido en dos” (168).<sup>37</sup> El dirigente chicano defiende su pertenencia a

<sup>37</sup> Entre la aceptación y el rechazo del estigma sobre el modo de hablar existe un periodo de transición marcado por la variación lingüística de quienes ensayan personalidades en un esfuerzo por construir sus identidades dentro de un contexto social determinado. DRAGER, 2015, pp. 4-6.

un espacio construido durante más dos siglos por un sinnúmero de mexicanoamericanos y migrantes. Su lenguaje refleja una condición fragmentaria y la capacidad de adaptarse a la cultura mediante la inclusión de palabras o construcciones sintácticas “ajenas”. La alternancia de códigos se muestra en el diálogo entre el activista y el granjero texano: “—Le vamos a marcar a la migra —dijo, pelando los dientes—. Llámeme a la migra— respondió el Marentes. Los dos dijeron ‘la migra’ en español”. Y remata la advertencia que lanza a los jornaleros: “—¡Ahí viene la migra, *sons of bitches!*” (166). La postura adoptada por Marentes corresponde a la resistencia cultural de un grupo en plena actitud anticolonizante, capaz de incorporar la lengua dominante para ser portavoz de los que aún no la dominan.

El caso de Quarantine Rod, de quien ya hemos visto las tensiones que la atraviesan, sobresale por la motivación situacional con la que varía su uso de la lengua, ya sea por razones sociales pero también emocionales. Su circunstancia socioeconómica dio pie al reportaje de *El Paso Chronicle*, cuyo título era “La hija de los canarios”, “historia que hablaba de los pobres más pobres de la ciudad: los que habitan el Segundo Barrio” (140), adyacente a la frontera, antigua “tierra de mansos, sumas y jumanos” (190). La noticia refiere que, en ese tiempo, ella “apenas hablaba inglés y ‘no podía expresar una sola palabra en español, por negación o por analfabetismo’” (140). El reportero se involucró con Quarantine, y al morir provocó un giro repentino, ya que le heredó su casa “en el Club Campestre de los ricos paseños”, donde a la postre conoció a Oriundo. Una vez que se mudó a su nueva casa desarrolló una inclinación hacia la lengua anglosajona. Su interlocución con Oriundo avanza, al tiempo que la mutua confianza. Al principio “se acomodaron en el inglés”; sus diálogos eran cortos y precisos, ya que negociaban un asunto laboral sobre el jardín (143). “Algo dijo ella en inglés pero él no le entendió. ‘No habla inglés’, pensó. Entonces cambió al español y Quarantine se le quedó viendo fijamente. Ignoró todo lo que él dijo en español y retomó el inglés” (143). Conforme la relación se vuelve íntima, Oriundo accede a sus secretos, como el cáncer y el abuso físico y sexual a manos del reportero. Estas confidencias se transmiten en español (150). La confesión también ventila una parte de sí que había querido ocultar: su estirpe mexicana. No

sorprende entonces que, al momento de la despedida, rompan con ese lazo efusivo: “—*Well* —dijo ella. Definitivamente había regresado al inglés”, aunque “muy quedito y en español”, casi para sus adentros, le pidió que no se fuera (155).

En contraposición a esta figura femenina, resuena un discurso dignificante de las raíces y los orígenes a través, precisamente, de la abuela de Quarantine, Carmela, quien “no quería a los gringos. Y era muy malhablada, en general, pero cuando se refería a ellos, daba una entonación especial a las mentadas” (139). Este binomio condensa la idea desarrollada por Valenzuela Arce sobre el amor-odio del mexicano hacia Estados Unidos. También dilucida la postura frente a un hablante bilingüe, pues resulta común que “un grupo monolingüe mayoritario desarrolle actitudes negativas hacia la o las lenguas de minoría”,<sup>38</sup> ejerciendo así una presión sobre el hispanohablante. Este menosprecio lingüístico desemboca en racismo, fundado en un nexo directo entre raza, inteligencia y atributos morales. Por tanto, el idioma que se decide utilizar lleva implícita una carga que ubica al hablante en una escala de la jerarquía social.

Los actos de habla de las figuras que habitan las páginas de *OL* también inciden en la escritura por medio de palabras inglesas que Páez Varela transcribe según su fonética. Estas indicaciones impresas, lejos de ser accesorias, son la forma más convincente de plasmar un universo donde domina la errancia lingüística. Por ejemplo, el uso de *boe* para llamar al perro de Jon, quien a gritos defiende su identidad: “—*You don't know shiet*. Soy comanche, cabrón” (32); la *bir* que Oriundo disfruta (100), y “el *backpack*”, préstamo del cual se deduce la asignación del género gramatical.<sup>39</sup>

La traducción es otro recurso de inclusión no sólo de idiomas, sino de sus hablantes y futuros lectores. El encabezado del periódico de San Antonio sobre el “*mexican-americanhero*”, por ejemplo, se traduce de forma casi literal (186). El cartel de Larry Preston anunciaba cada mes: “Tomorrow BBQ Day, decía. Y con letra chiquita: *May the Lord bless us all the days of our lives* (‘Que el señor nos bendiga a todos en los días de

<sup>38</sup> SILVA-CORVALÁN, 2001, p. 329.

<sup>39</sup> SILVA-CORVALÁN, 2001, pp. 288-290.

nuestras vidas’). La carne asada reúne y “permite a todos verse a los ojos y no mientras se come, sino en el momento de cocinar” (117-118). Por último, hay pasajes escritos en español, aunque, según la trama, debieron haber sido dichos en inglés, ya que los hablantes eran anglófonos. Así ocurre con la larga historia que cuenta Larry, en la que el castellano se subraya: “Ése era Juan. *Y las piedras le dieron pan* —dijo en español—” (125), ya que no es la lengua original del relato oral.

Las modalidades lingüísticas aquí revisadas impactan de lleno sobre cuestiones sociales. Páez Varela configura su novela a partir del peregrinaje, por lo que el registro oral de los personajes secundarios los circunscribe a arquetipos determinados tanto por su situación social como geográfica. El país-de-en-medio en *OL* se compone de personas simples que asumen la transfrontera como parte íntegra de su cotidianidad —una gama multicultural donde confluyen tiempos, linajes y territorios, bosquejando una imagen del bordo (porque así le dicen los que lo ven a diario) como un punto de convergencia social, económica y lingüística.

## ORIUNDO *CROSS-BORDER*

Ando de mojado, pero estoy contento,  
no importa que digan que es un ilegal,  
si esto es un pecado de veras lo siento;  
sólo vine al jale, no soy criminal.<sup>40</sup>

En repetidas ocasiones, Alejandro Páez Varela se ha deslindado de una etiqueta tendenciosa y reduccionista (al grado de ser lugar común) sobre las letras que provienen o se ocupan del norte de México: la narcoliteratura. Tiene tiempo que la discusión sobre la temática y consolidación de un movimiento artístico regional perdió vigencia.<sup>41</sup> Lo que sí nos interesa destacar son un par de asuntos. Primero, la preocupación del propio autor, siendo que el engranaje principal de su trilogía gira en torno a las

<sup>40</sup> “Ando de mojado”, canción compuesta por Paco Camacho, grabada en 1994 por el Grupo La Cruz. LÓPEZ CASTRO, 1995, p. 178.

<sup>41</sup> Remitimos al excelente ensayo de Diana Palaversich, “Otra mirada a la literatura del norte”. PALAVERSICH, 2014.

acciones y reacciones del trasiego de estupefacientes.<sup>42</sup> Quizá en la interpretación final de los *Libros del desencanto* ronde el amor y su contraparte (como tanto ha insistido el escritor en entrevistas), pero los asesinatos, ajustes de cuentas y secuencias violentas ocasionados por el narcotráfico mueven los hilos narrativos de las tres piezas.<sup>43</sup> Y segundo, en sentido inverso, la ausencia del narcotráfico en *OL*.<sup>44</sup> No obstante, ante la polarización de un motivo literario, sí existe una potencia que cruza fronteras y adquiere valor de cambio: la fuerza laboral del héroe. Así también lo canta el yo lírico del corrido “Ando de mojado”, en el epígrafe a esta sección final; después de cruzar el Bravo y burlar a la migra en El Paso, repite en coro y sin culpa que sólo vino a trabajar, “no soy criminal”.<sup>45</sup> El tráfico de la mano de obra justifica la ocupación de múltiples territorios; “da lo mismo en dónde hayas nacido; hay que chingarle y punto” (189). Oriundo, *homo geographicus* en términos del investigador Rogério Haesbaert,

<sup>42</sup> El argumento de las tres novelas se sitúa a mediados de los años ochenta y principios de la siguiente década. La saga no exige una lectura secuencial. El narcotráfico (y la espiral de violencia a su alrededor), el espacio (en donde Ciudad Juárez funciona como polo de atracción) y la urdimbre de personajes posibilitan la unidad narrativa. Kristine Vanden ha publicado un par de artículos, casi idénticos, con los que diferimos. Ella afirma que “las trayectorias humanas que se presentan en los fragmentos se conectan tan sutilmente que solo un lector avezado logra seguir los hilos de los destinos cruzados” (VANDEN, 2014, p. 95). La recepción es activa, pero no complicada; de hecho, la simplicidad como poética, lo lacónico como medio primario de expresión constituyen las virtudes de la poética del narrador. Vanden lee la trilogía desde el feminicidio, debido a lo sensacionalista del tópico. Sus argumentos son endebles; ella asocia la dedicatoria de *Corazón de Kalashnikov* (“A Ciudad Juárez, desierto sin descanso”) con los asesinatos, ya que “es claro desde el inicio que la ciudad desempeñará un papel central. El hecho de que se la califique de desierto evoca el feminicidio” (VANDEN, 2016, p. 161). Por más simbólico que sea el ecosistema, las acciones ocurren en la mancha urbana, lejos del desierto. Por último, Vanden argumenta que Páez Varela rompe con el estereotipo cuando narra asesinatos de mujeres “al incluir en sus tres novelas mucho [sic.] más víctimas masculinas que femeninas y al asociar los numerosos decesos que van ocurriendo a diversas causas y actores” (VANDEN, 2016, p. 167). Con ese razonamiento, habría que aplaudirle al manzano por no dar peras.

<sup>43</sup> El personaje Liborio Labrada resulta ejemplar. Su pensamiento, dirigido a Ana, inicia la novela: “Encendido mi corazón, el desierto se me hizo un río y su ombligo un faro que me permitió verla en la oscuridad” (PÁEZ VARELA, 2012, p. 13). Su hogar en Las Margaritas (colonia céntrica de Juárez) sirve de escenario a una ágil secuencia de pistoleros en la que el reconocido narcotraficante cae abatido durante el choque entre sus sicarios y las fuerzas policiales del comandante Refugio Ramírez. La nostalgia de Liborio tras perder a Ana en un accidente automovilístico lo encauza hacia su destino final: las balas. La pareja de los Labrada, sin importar su *modus vivendi*, se liga más allá de la muerte, restando protagonismo a la ilegalidad. De cualquier forma, Páez Varela ha comentado varias veces que “Hablando del amor me salen balazos porque soy juarense”.

<sup>44</sup> Quizá haya algún atisbo en los negocios lucrativos de los coreanos, en “Manjar de *yankee*” (86).

<sup>45</sup> LÓPEZ CASTRO, 1995, pp. 178-179.

reafirma que no hay individuo sin espacio, y que sobre esta coordenada hay relaciones de apropiación y dominio intrínsecas a la existencia, las cuales privilegian a determinados poderes manifiestos en la demarcación territorial de cada época.<sup>46</sup>

El espacio transfronterizo de Ciudad Juárez-El Paso sirve de transición al viaje de Oriundo, ya que en la urbe texana sufre un accidente por el que recibe una pensión que le permitirá cruzar hacia Chihuahua, al tiempo que descubre la verdad sobre Gamboa Las Vegas, para terminar sus días a los 39 años en su casa en El Millón, después de un cuarto de siglo de trashumancia. Los puentes internacionales, “cruces de concreto [...] que él conocía bien” (146), materializan el tránsito sobre la frontera.

A nivel de calle, existe la posibilidad latente de que ambas ciudades escenifiquen conflictos por la reivindicación de ultrajes de antigua ralea. Esta probabilidad aparece de forma velada en la novela, ya que la opinión de algunos afronta el cruce cotidiano; su descrédito corre a través del tiempo, como lo declara el primer Laredo, Aurelio: “—Sólo un loco decide vivir en Ciudad Juárez —dijo—. Aquí o en El Paso. Qué necesidad” (58), o Quarantine, en el desdén que siente por el Segundo Barrio (140). Pese a estas imágenes y a las políticas de rechazo a la población hispana, los procesos de integración persisten; tal parece que las redes sociales aproximan y sincronizan las dinámicas ciudadinas a través de lazos personales (de parentesco o amistad), razones funcionales (mejor oferta de algún servicio) y cuestiones de empleo o estudio. La *colecta*, que acusa el consumismo desmedido en El Paso y la necesidad juarense, actúa como caso ejemplar, ya que liga de forma directa a los habitantes del Country Club con la colonia Chaveña. “Unos y otros, pues, están cómodos con el mecanismo de reparto” (143). Idealmente, la fuerte interacción de los espacios sociales de atracción tendría que modelar los emplazamientos urbanos de convivencia.

La evolución de las comunicaciones y la inmersión del individuo en la era de la información generan cambios cognitivos al momento de asumir categorías tradicionalmente unívocas, como los lazos sanguíneos o las adscripciones geopolíticas. Dichas mutaciones se dilucidan en la novela

<sup>46</sup> HAESBAERT, 2011, pp. 279-300.

por medio del conocimiento que Oriundo va adquiriendo en cada parada y con la interacción de aquéllos con quienes dialoga; él aprende que lo material “se desmorona con facilidad; [pero] una fortuna que viene de la enseñanza se conserva y crece” (83), sin la pérdida del valor de uso. Cuando el saber constituye la riqueza decisiva, el capital económico y el poder se desvalorizan, lo que incita a que la ubicación espacial se disipe, ya que el cúmulo de nociones obtenidas en una localización se desplaza con su portador adonde quiera que vaya. Enrique Dussel afirma que el ser-en-el-mundo-*hispano* “va mostrándose con nuevos rostros y derechos gracias a su lucha por el reconocimiento de una existencia distinta”, la que podría servirse de narrativas ético-pedagógicas, “a fin de elaborar un mapa básico del tiempo histórico y de la territorialización de ‘sumundo’”.<sup>47</sup> Un territorio es móvil en tanto que se convierte en conocimiento, en experiencia vital lista para ser compartida y reutilizada en el siguiente destino. Al morir en el Valle de Juárez, de donde Oriundo presume ser (102 y 183), él porta consigo todos sus empleos, saberes, rutas y caminos.

La sociolingüística como herramienta de estudio en expresiones literarias ha vislumbrado el discurso implícito de *OL*, que aboga por el reconocimiento de la dignidad e igualdad entre los individuos independientemente de su nacionalidad. Nuestra revisión también apunta a la estrechez entre el contacto lingüístico y el cultural, de tal suerte que uno no sucede sin que el otro intervenga. Las formas enunciativas se plantean como un factor determinante para la adaptación o rechazo de una nueva cultura, convirtiéndose en un síntoma explícito de la postura que el migrante toma frente a sus circunstancias. En suma, el reflejo de los procesos sociolingüísticos que concurren en la novela revela la condición errante del individuo transfronterizo; es decir, una de contacto entre lenguas que aportan todo su caudal léxico, histórico y expresivo a favor de un habla que las concilia y se sirve de ellas.

Hemos mencionado que *OL* se vale de una coyuntura con enorme y preocupante actualidad: la radicalización de posiciones políticas que claman por el cierre de fronteras. Estratégicamente, la narración se di-

<sup>47</sup> DUSSEL, 2007, p. 96.

rige a un público que desea entender la era Trump, a una sociedad que se encuentra expectante frente a un horizonte incierto necesitado de un trasfondo ancestral con anclajes territoriales. Ante la amenaza dirigida hacia las ciudades santuario que funcionan al margen de las resoluciones oficiales, se levantan producciones artísticas en contra de la segregación social y la intolerancia racial. No extraña que, en los “Agradecimientos y dedicatorias”, Páez Varela ofrezca su quehacer literario “A las mujeres y los hombres de este país-de-en-medio, separado por la avaricia y la estupidéz” (211). La miopía deliberada que invisibiliza las voces ancestrales e inmigrantes y acredita el desmedido populismo al que se ha entregado nuestro vecino país delata a una nación con problemas de identidad. No se sabe —ni quiere saberse— conformada por un sinfín de personas provenientes de diversas culturas, de Oriundos, Larrys y Marentes, así como de Quarantines, rancheros explotadores y sujetos inadecuadamente puristas (como El Gordo). El catálogo de personajes, víctimas del *american way of life* gozado por una minoría blanca y sustentado por los supuestos extranjeros, cristaliza y expone la dinámica económica norteamericana.

*Oriundo Laredo* condensa memorias de gente común a partir de referencias geoespaciales asociadas al apego y producción de la tierra. La importancia de la narrativa de Páez Varela radica en cartografiar el suroeste de Estados Unidos y el norte central de México como un espacio literario transfronterizo y translocal, incorporado a una serie de rupturas, disparidades y contradicciones, pero también de encuentros, permutas, auxilio y asimilaciones entre grupos étnicos. Enfatizamos, por último, la carga emocional con la que se dibujan geografías; al final de “La hija de los canarios” —el pasaje, quizá, mejor logrado—, Oriundo se retira muy a su pesar; “arrastraba una pena tan grande que parecía competir con una montaña” (156).<sup>48</sup> Por otra parte, la travesía del protagonista, reconstruida a través de recuerdos, involucra al lector de tal forma que nos obliga a determinar posturas morales y éticas frente a la realidad social, ya no del

<sup>48</sup> La prosopopeya del ecosistema tiene lugar en otros pasajes: Cuando muere Jon, “Niño se echó a andar hacia el norte y al fondo, azulada, la cordillera de la Sierra de los Mansos lo seguía” (40); durante el viaje en tren en 1882, al pasar por los médanos de Samalayuca, “las montañas de arena juegan trucos con los viajeros” (62).

mundo de ficción, sino a la que hacemos frente desde la colindancia territorial y la armonía que se ve hoy amenazada.

## BIBLIOGRAFÍA

- BHABHA, H.  
2002 *El lugar de la cultura*, Manantial, Buenos Aires.
- CEBALLOS RAMÍREZ, M.  
2000 “La epopeya de la fundación de Nuevo Laredo: el nexo entre la tradición y la historia”, en M. Valenzuela Arce (ed.), *Entre la magia y la historia: tradiciones, mitos y leyendas de la frontera*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, pp. 121-130.  
2009 “Hitos de la historia transfronteriza entre México y Estados Unidos”, en *Fenómenos sociales y urbanos transfronterizos entre México y Estados Unidos*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, pp. 29-45.
- DRAGER, K.  
2015 *Linguistic Variation, Identity Construction and Cognition*, Language Science Press, Berlín.
- DUSSEL, E.  
2007 “‘Ser-hispano’. Un mundo en el *border* de muchos mundos”, en *Materiales para una política de la liberación*, Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, pp. 95-110.
- HAESBAERT, R.  
2011 *El mito de la desterritorialización: del “fin de los territorios” a la multiterritorialidad*, Siglo XXI, México.
- HAMEL, R. E.  
1999 “Políticas del lenguaje y fronteras lingüísticas en México: la relación del español con las lenguas indígenas y el inglés de los EE.UU.”, en *Políticas lingüísticas para América Latina*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 177-215.
- HERNÁNDEZ, M. de J.  
2012 “De la crítica *borderlands* a la crítica *biborderlands*: un nuevo discurso crítico descentrado y antihegemónico para los estudios literarios y culturales de la frontera México-Estados Unidos”, en G. Silva Rodríguez (ed.), *Chican@s y Mexican@s Norteñ@s: Bi-borderlands Dialogues on Literary and Cultural Production*, Eón, México, pp. 30-63.
- LÓPEZ CASTRO, G. (comp.)  
1995 *El río Bravo es charco: cancionero del migrante*, El Colegio de Michoacán, Zamora.

- LÓPEZ MORALES, H.  
 1989 *Sociolingüística*, Gredos, Madrid.
- LUGO, A.  
 2008 *Fragmented Lives, Assembled Parts: Culture, Capitalism, and Conquest at the U.S.-Mexico Border*, University of Texas Press, Austin.
- MORENO FERNÁNDEZ, F.  
 2012 *Sociolingüística cognitiva: proposiciones, escolios y debates*, Iberoamericana, Madrid.
- PÁEZ VARELA, A.  
 2012 *El reino de las moscas*, Alfaguara, México.  
 2016 *Oriundo Laredo*, Alfaguara, México.
- PALAVERSICH, D.  
 2014 “Otra mirada a la literatura del norte”, en E. Cota (ed.), *Miradas convergentes: ensayos sobre la narrativa México-Estados Unidos*, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali, pp. 13-46.
- PAREDES, A.  
 1978 “The Problem of Identity in a Changing Culture: Popular Expressions of Culture Conflict along the Lower Rio Grande Border”, en S. Ross (ed.), *Views across the Border: The United States and Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 68-94.
- PIATTI, B.  
 2016 “Mapping Fiction: The Theories, Tools and Potentials of Literary Cartographies”, en D. Cooper (ed.), *Literary Mapping in the Digital Age*, Routledge, New York, pp. 88-101.
- SÁENZ, B. A.  
 2003 “En las zonas fronterizas de la identidad chicana sólo hay fragmentos”, en S. Michaelsen y D. Johnson (eds.), *Teoría de la frontera: los límites de la política cultural*, Gedisa, Barcelona, pp. 87-113.
- SANTOS, D. *et al.*  
 2016 “Yo digo que escribo historias de amor y me salen un montón de balazos”, entrevista a Alejandro Páez Varela, *Mitologías hoy. Revista de pensamiento, crítica y estudios literarios latinoamericanos*, vol. 14, pp. 305-313.
- SILVA-CORVALÁN, C.  
 2001 *Sociolingüística y pragmática del español*, Georgetown University Press, Washington.
- VALENZUELA ARCE, J. M.  
 2003 “Centralidad de las fronteras: procesos socioculturales en la frontera México-Estados Unidos”, en *Por las fronteras del norte: una aproximación cultural a la frontera México-Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 33-67.

- 2014 *Transfronteras: fronteras del mundo y procesos culturales*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.
- VANDEN, K.  
2014 “Lo no dicho en *Corazón de Kaláshnikov*, de Alejandro Páez Varela. Personajes, casualidades y parataxis”, *Literatura Mexicana*, vol. 25, núm. 2, pp. 93-110.
- 2016 “La trilogía del desencanto de Alejandro Páez Varela y el feminicidio en Ciudad Juárez”, en *Estudios de género/gender studies: transatlantic visions*, Fundamentos Madrid, pp. 159-170.
- VANNEPH, A.  
1997 “Frontera norte: de las redes a la región transfronteriza”, en P. Bovin (ed.), *Las fronteras del istmo: fronteras y sociedades entre el sur de México y América Central*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México [<http://books.openedition.org/cemca/657>, consultado el 22 de junio de 2017].
- VÉLEZ-IBÁÑEZ, C.  
2011 “Cultura y economía transfronteriza: construcciones ideológicas y prácticas de adaptación”, en S. Jara Guerrero (ed.), *Identidades transfronterizas: migración y cultura chicana*, Plaza y Valdés, México, pp. 157-193.